



ARCHIVO
DE LA
BIBLIOTECA
NACIONAL

ARCHIVO
DE
LA BIBLIOTECA
NACIONAL

ARCHIVO
DE
LA BIBLIOTECA
NACIONAL

ARCHIVO
DE
LA BIBLIOTECA
NACIONAL

ARCHIVO
DE
LA BIBLIOTECA
NACIONAL

ARCHIVO
DE LA
BIBLIOTECA
NACIONAL

ARCHIVO
DE LA
BIBLIOTECA
NACIONAL

ARCHIVO
DE
LA BIBLIOTECA
NACIONAL

2

1909

1909

1908

1

2

I-1910

II-1910

1910

1910

1910

1

2

1

La biblioteca sin fronteras

Ana Inés Larre Borges

Departamento de Investigaciones

Biblioteca Nacional

Resumen



9

Entre las obligaciones del prólogo y las aspiraciones del ensayo, este artículo discurre sobre las distintas formas en que los hombres construyeron bibliotecas y crearon un *'concepto de biblioteca'*, intangible y proteico, también crucial en la aventura de las civilizaciones. Los desafíos de la revolución digital en que nos encontramos los 200 de la Biblioteca Nacional de Uruguay y su aniversario son también su asunto.

Palabras clave: Bibliotecas - Historia del libro - revolución digital - Biblioteca Nacional Uruguay.

Key words: Libraries - History of the book - digital revolution - Biblioteca Nacional Uruguay.

200 años de la fundación de la Biblioteca Nacional explican este número. Y aunque la arbitrariedad rige los aniversarios, esta vez la conmemoración, redonda en sus dos ceros, coincide con un momento crucial en la historia de la lectura y las bibliotecas. El universo del libro vive una *crisis*, en el sentido de un 'cambio profundo' que acepta el diccionario. La etimología enseña que algo se rompe o separa y por eso el análisis de las partes, la crítica, el criterio, comparten oportunamente esa raíz que nos inspira a ensayar una reflexión. La palabra 'crisis' también ha designado tradicionalmente a la enfermedad en el momento en que acaece una "mutación considerable, ya sea para mejorarse o agravarse el enfermo" (RAE).



Archivo
Histórico
Administrativo
de la
Biblioteca
Nacional de
Uruguay

No es extraño que por ese camino, junto a otras visiones terminales que en el cambio de milenio vaticinaron el fin de la historia, de las ideologías y del arte, se haya llegado a predecir la muerte del libro, la extinción de los lectores y la obsolescencia de las bibliotecas.

Este pesimismo contrasta, sin embargo, con que la segunda mitad del siglo XX haya sido reconocida como *la era del lector*. Las teorías de la recepción, el desarrollo de las ciencias del lenguaje y el llamado giro lingüístico, diseñaron el saber de la época y dominaron la academia. En el Río de la Plata la presencia de Borges, su imaginación de una teoría lectora *avant la lettre*, nos puso en sincronía con una agenda internacional donde citarlo se volvió lugar común.

Finalmente, la lectura fue historiada. Un nuevo campo de estudios se define en la década del ochenta por autores como Roger Chartier y Robert Darnton¹ y sigue expandiéndose. Desde la historia y la sociología los nuevos estudios abordan la lectura como una actividad y una práctica en el tiempo. Estos historiadores de la cultura empezaron por replantearse las preguntas más básicas, es decir, las más filosóficas. En una famosa conferencia Roger Chartier se preguntaba “qué es un libro”, para aclarar inmediatamente que no era una pregunta original ya que Kant se había adelantado a plantearla dos siglos antes. La doble identidad del libro, como objeto y como obra, su intangibilidad y su materialidad, servía al historiador como guía para avanzar una respuesta que superase la idea de una dualidad casi esencialista y discutir, en cambio, cómo es que un aspecto moldea al otro, cómo la materialidad del libro afecta su sentido.² Robert Darnton escribió que para el nuevo campo de estudio las preguntas a formularse eran: “quién lee qué, cuándo, bajo qué condiciones y con qué consecuencias” para desembocar entonces en cuestiones más ambiciosas sobre cómo ha evolucionado la lectura a través del tiempo o si el invento de Gutenberg cambió el universo mental de la humanidad (Darnton cit. 1982 80), una pregunta que naturalmente regresa hoy en referencia a la revolución digital.

Las líneas de investigación en torno al libro y la lectura han proliferado y tomado diferentes direcciones: estudiaron las instituciones relacionadas al libro tanto como su funcionamiento y los actores involucrados. Se propuso una sociología de los textos que reúna la exégesis con la historia,

1. La edición de una *Historia de la lectura en el mundo occidental* coordinada por Chartier y Guglielmo Cavallo [1995], Barcelona, Taurus, 1998, fue culminación consagratória de esta nueva disciplina. Ver también el artículo de 1982 de Robert Darnton que analiza el desarrollo de una “Historia del libro” y manifiesta su necesaria interdisciplinariedad y el carácter transnacional del nuevo campo de estudios: “What is the history of books?”, 1982, *Daedalus* 111(3): 65-83. <http://nrs.harvard.edu/urn-3:HUL.InstRepos:3403038> (20.IX.2016).

2. Roger Chartier: “Materialidad del texto, textualidad del libro” en *Orbis Tertius*, 2006 11(12). ISSN 1851-7811. <http://www.orbistertius.unlp.edu.ar/> (18.IX.2016).

es decir que atienda tanto a la interpretación de su contenido como a las condiciones de producción, recepción y circulación de las obras.³

Es precisamente en estas tiendas de un saber que valora la incidencia de las variables materiales y tecnológicas, donde se ha tomado conciencia razonada del tamaño de la crisis que trajo la revolución digital. Robert Darnton, con su proverbial y pragmática claridad anglosajona, ha alertado sobre la contundencia de la aceleración progresiva y sostenida de los cambios tecnológicos en la historia del libro:

Desde el invento de la escritura en el IV milenio a. C., a la creación del alfabeto, pasan mil años; la invención del códice que sustituye al rollo y permite una lectura más práctica y sencilla, surge entre el siglo III y IV de la era cristiana y se impone en Europa hasta el siglo XV cuando la invención de los tipos móviles de Gutenberg hace posible una radical democratización de la lectura.

A partir de la revolución digital los cambios se aceleran drásticamente. Ya no se cuentan milenios, ni siglos, sino décadas y años. 1974 es el año inicial para el desarrollo de Internet; en 1991 aparece la red de redes (www); en 1997, se inventa en el MIT la tinta electrónica que hará posibles los lectores personales; en septiembre de 1998, el buscador Google; en 2000 se crea Wikipedia, los *e-books* se popularizan en 2008. Si la velocidad en que se suceden estas transformaciones es asombrosa, no lo es menos la tranquilizadora noticia de que “en la larga duración estos cambios no afectan una continuidad: las personas continúan leyendo y seguimos viviendo en una sociedad de la información”. Darnton, sin embargo, no minimiza la mutación ocurrida y considera que el cambio que tuvo lugar con la revolución digital ha sido tan radical como la invención de los tipos móviles de Gutenberg e igualmente democratizadora.

Y, sin embargo, a pesar de las innovaciones, de los pronósticos apocalípticos y de la nostalgia, el libro de papel no ha muerto. Al igual que los rollos convivieron durante cientos de años con los códices, y los libros manuscritos con los impresos, el libro digital convive hoy con los libros tradicionales. Esa coexistencia pacífica se esgrime a veces procurando aplacar a los nostálgicos del papel y a sus reacciones luditas, pero no alcanza a disimular la conmoción que el nuevo soporte ha provocado en la forma de circulación de la información y el almacenamiento del conocimiento, y en los roles de los actores vinculados a la industria editorial: autores, editores, críticos, libreros y agentes literarios.

Muchos libros se han escrito sobre estos asuntos y la crisis, otra vez, fecunda la reflexión. En *La invención de lo cotidiano* Michel de Certeau



3. D. F. McKenzie: *Bibliografía y sociología de los textos*. Traducción: Fernando Bouza, Madrid, Akal, 2005.

decía que estudiamos las costumbres cuando ya se abandonaron y los oficios cuando están perimidos, y eso explica en parte la enorme producción bibliográfica sobre estos temas. A los libros teóricos y las investigaciones académicas, hay que sumar cantidad de ensayos que evocan y convocan un mundo en retirada. Escritos por bibliómanos y bibliófilos, estos escritos adoptan con frecuencia un aire de elegía. Alternan el análisis con la confesión, buscan recuperar un universo amenazado, pero como toda escritura, al recuperarlo también lo despiden.⁴ Los títulos evocan una ausencia: *La biblioteca de los libros perdidos* de Alexander Pechmann, *La biblioteca de noche* de Alberto Manguel, *Bibliotecas llenas de fantasmas* de Jacques Bonnet o *El último lector* de Ricardo Piglia. Ese sentimiento de pérdida, falta de vida, luz o lectores, es prueba de melancolía. Han sido libros dichosos, sin embargo, en su encuentro con lectores de todas las lenguas, como también lo fueron las ficciones que desde *El nombre de la rosa* de Umberto Eco a *La casa de papel* de Carlos María Domínguez, crearon historias con los libros e imaginaron alguna forma de apocalipsis, desenlaces donde libros son destruidos por el fuego o el agua.

En ese contexto, paradójico porque comparte la idea de extinción con la adhesión emocional, se dibuja el itinerario de nuestra revista que entra a la biblioteca y su aniversario en una escena conmovedora. Los libros raramente están solos dice Lisa Block de Behar en el ensayo que inaugura la reflexión sobre las bibliotecas. En los estantes, los libros se sostienen unos a otros, del mismo modo en que los textos se relacionan en una tradición. Esa conversación entre los textos desmiente el silencio fingido de toda biblioteca. “Cada obra literaria –escribe Foucault– pertenece al murmullo indefinido de lo escrito”.⁵ Cada vez que se escribe se escribe con la biblioteca para que lo escrito tenga pertenencia y pertinencia pero también contra ella para que conquiste su originalidad. “Hay dos bibliotecas” suele decirse, en verdad hay muchas y en constante lucha y transformación y a eso le damos el nombre de tradición o identidad cultural. Cada lector tiene la biblioteca de los libros que ha leído y cuando es, además, un escritor, esa biblioteca lo condena a lo que con irónica felicidad Bloom llamó ‘la angustia de las influencias’.

La biblioteca es un lugar y es una trama, espacio y símbolo. Viajamos por la biblioteca como el protagonista de “La biblioteca de Babel” y descubrimos exaltados que es ilimitada, y abrumados, que resulta inabarcable. La sombra de esa enormidad se proyectó también sobre la tarea de pensar

4. La nostalgia y la elegía son parte del aire de época: es frecuente encontrar en las redes sociales breves antologías de imágenes de “las diez bibliotecas más hermosas del mundo” o “las diez librerías más bonitas” o “espectaculares”.

5. Foucault, M. “La biblioteca fantástica”, en Biblioteca ITAM, http://biblioteca.itam.mx/estudios/estudio/estudio09/sec_30.html (4.X.2016).

esta revista. Fue un aprendizaje de las muchas posibilidades que ofrecía el tema para la investigación y un tránsito de la promesa y el desafío a la resignación, como le pasa al que ambiciona leer todos los libros.

Los atributos y los itinerarios del libro son los que vuelve a experimentar 'la biblioteca' en todas las acepciones, modelos y materializaciones históricas o imaginarias que la palabra ofrece. Desde la concepción de una biblioteca total a la biblioteca mental de un autor, las diversas especies de biblioteca tenían algo que decir y algunas lo dicen (o son dichas) en este número aniversario. Las casi míticas de la Antigüedad donde arranca la libre erudición de Álvaro Ojeda, y las de los monasterios, las bibliotecas Reales y las iluministas, las rioplatenses que fueron un proyecto de independencia sudamericano y aquí son interrogadas por William Acree, las universitarias y las carcelarias, como la biblioteca del penal de Libertad que historia Alfredo Alzugarat, las bibliotecas particulares, cada una con el perfil y la manía de quien la creó, comparecen a través de la mirada curiosa de Ángel Rama en notas rescatadas de *Marcha*, o aún, entre tantas otras, la paradójica biblioteca anarquista que estudia Daniel Vidal. El concepto de biblioteca se adopta y adapta también a la categoría de colección editorial (*Clásicos uruguayos* o *Clásicos universales*) y a lo que entendemos como la biblioteca de un escritor, sea los libros que coleccionó o el bagaje con el que supo escribir los propios; si tuvo suerte y alcanzó fama, tal vez merezca la publicación de sus libros bajo el rótulo de una 'biblioteca' que lleve su nombre o, si ha destacado como lector, algún editor llegue a proponerle la creación de otra 'biblioteca' hecha de textos ajenos que él elige, legítima y prologa. Tres autores canónicos uruguayos con sus bibliotecas reales y mentales, Rodó, Onetti y Levrero son examinados respectivamente por Brigitte Natanson, Jorge Ruffinelli y Matías Núñez en un registro diferente para cada caso. Sus estudios y memorias no se centran en un dato significativo de sus biografías: que los dos primeros fueron bibliotecarios –Rodó más fugazmente que Onetti– y que Levrero tuvo a su cargo una librería de viejo, una forma subalterna y artesanal, subsidiaria, plebeya e íntima de la biblioteca.

Más misteriosas y ambiguas son las bibliotecas que creó la literatura. Las insoslayables bibliotecas del *Quijote* y de Borges, donde la alquimia hace que libros que fueron reales por estar en ellas se conviertan en imaginarios, y los que ya fueron olvidados o nunca existieron, vivan en el tiempo sin tiempo del arte.⁶ María de los Ángeles González revista la biblioteca de Don Quijote y descubre la relación gestualmente insegura pero

6. Alexander Pechmann suma a estas, las más célebres, los ejemplos de la biblioteca de Saint Victor de *Gargantúa y Pantagruel* de Rabelais y la que imagina Melville en una isla de Oceanía en *Mardi* y las discute en un capítulo de su libro que titula con lucidez "Bibliotecas más o menos imaginarias", reconociendo la ambigua frontera de su realidad. *La biblioteca de los libros perdidos*. Traducción de Juan José Solar. Barcelona - Buenos Aires, Edhasa, 2011, pp. 141-150.

radicalmente audaz de Cervantes con la “biblioteca” de su tiempo que su novela impugna. Si Borges fue para tantos el arquetipo del autor enciclopédico y libresco, Daniel Balderston pone a prueba el mito y examina el uso que hace Borges en su obra de las enciclopedias y la biblioteca. “Basta que un libro sea posible para que exista” *repite* el narrador de “La biblioteca de Babel” en la 3.^a nota al pie y, ya en la 4.^a, lo que anota prefigura la Internet. El cuento postula dos ideas solo aparentemente contradictorias: que todo ha sido escrito y que todo puede aún escribirse. No otra es la promesa de todas las bibliotecas, la ambición heroica de las bibliotecas nacionales y la ilusión infinita de las bibliotecas digitales: guardar el pasado y preservar el futuro.

La biblioteca en ruinas

La idea de la biblioteca está unida a la de su destrucción. Arder es una posibilidad que viene con la condición física del libro. Acumular libros multiplica ese riesgo; más precisamente, multiplica la dimensión de la catástrofe. Pero las bibliotecas no solo arden accidentalmente, la contraparte del carácter sagrado del libro ha sido desde siempre su profanación. Las guerras de la fe y de la ideología, las guerras de la memoria, arrasan y destruyen bibliotecas porque buscan la extinción del enemigo. Es la idea del “bibliocausto” que propone Fernando Báez y el neologismo no disimula la coincidencia de que el mayor exterminio humano se haya cometido con el así llamado ‘Pueblo del Libro’, río subterráneo que nutre en silencio el poderoso y exquisito ensayo de Lisa Block. La destrucción de las bibliotecas es guiada por el odio, pero también por la desidia. Al reconstruir el incendio de la Biblioteca Nacional de Lima, Carlos Aguirre advierte que esa catástrofe produjo un debate público en Perú acerca del cuidado del patrimonio cultural y del significado social de la biblioteca, hasta entonces inédito y que conmovió a la sociedad peruana y la convocó a participar en su reconstrucción.

La destrucción de bibliotecas ha sido más una constante que una excepción en la historia, y es ya un síntoma que exista en Wikipedia una entrada por “Destrucción de bibliotecas” y otra por “Quema de libros”. En la versión inglesa de esa entrada (List of destroyed libraries) se incluye una lista de 46 bibliotecas destruidas intencionalmente que se inicia con el incendio del Palacio de Xiangyang, en China, y de la biblioteca de Alejandría y termina con la quema de libros y bibliotecas en Bosnia, Bagdad y Mosul en años recientes; suma otra lista de 18 bibliotecas que sufrieron incendios accidentales, pero no registra el caso de la Biblioteca de Perú, ni el saqueo que sufrió cuando la guerra del Pacífico, ni el incendio de 1943. El olvido recuerda a los latinoamericanos la necesidad intransferible de escribir nuestra propia historia. William Acree también lo hace cuando

sigue el destino de una imprenta que los jesuitas abandonaron al ser expulsados y, tras permanecer muda en un depósito de la Universidad de Córdoba, acabó imprimiendo los panfletos revolucionarios de los patriotas independentistas.

Al avanzar sobre esa variedad de incitaciones que la historia de las bibliotecas propone, se fue dibujando un mapa que al mismo tiempo que cartografiaba algunas zonas, denunciaba las que quedaban sin registro. Y mientras constataba la variedad de asuntos que la idea de “biblioteca” ampara, el paisaje resultante me fue revelando conexiones y diálogos entre los diversos abordajes y algunas constantes y problemas que se reiteraban a través del tiempo. El de la destrucción y la fragilidad de las bibliotecas apareció también en el apartado final dedicado a nuestra Biblioteca Nacional, hoy bicentenaria. Aunque su historia no registra hechos tan dramáticos como su par peruana, hubo en su origen pérdidas de colecciones y, poco después de su fundación, el desalojo y el uso tan tristemente latinoamericano de su local como cuartel, seguido de un hiato de años, donde se pierde todo rastro de los libros jesuitas que fueron la matriz de su acervo. Es una tradición que para Ignacio Bajter se inicia con las marcas del expolio y el desorden pero que encuentra en su fundador, el padre Larrañaga, *un lector*, nada menos, capaz de comprender que la fundación de la Biblioteca era un principio de “modernidad, ilustración, futura república”. Desde sus orígenes, nuestra Biblioteca Nacional padeció el perjuicio constante de la falta de presupuesto y la postergación frente a asuntos que siempre parecieron más urgentes. El rescate de documentos en las voces de algunos de los primeros directores –Pedro Mascaró, José Tavolara– lo prueba con elocuencia. El tradicionalista peruano Ricardo Palma, que dirigió la biblioteca de su país en tiempos difíciles, acuñó para sí el apodo de “bibliotecario mendigo” una imagen que hicieron suya muchos otros directores de bibliotecas nacionales sudamericanas. También la frase de “cenicienta del presupuesto nacional” fue usada con frecuencia para el diagnóstico de sus instituciones y replicada a lo largo y ancho del continente por sus sufridos bibliotecarios. Eso no impidió impulsos modernizadores y épocas de bonanza y aun de esplendor. Para el caso uruguayo emergen los nombres de Pedro Mascaró, en el XIX, Arturo Scarone, en el Uruguay del centenario, y de Dionisio Trillo Pays, como compañero de ruta de la generación del 45. Los dos últimos destacan como ejecutores del sueño de un Uruguay modélico, el de la excepción civilista e ilustrada en América Latina. Alfredo Alzugarat, que atiende la gestión de Trillo Pays en la segunda mitad del siglo XX, reconstruyó hace poco otro episodio de ese período: la historia de la biblioteca china que llegó ‘refugiada’ durante la guerra y permaneció décadas alojada y ‘muda’ en depósito en el Uruguay, una aventura novelesca que además revela en las vicisitudes de la primera hospitalidad y en la final devolución

a China, el estado de nuestra Biblioteca Nacional en su historia.⁷ Un método imparcial y revelador para auscultar el estado de la institución es también el que emprende Julio Osaba al enfocar su investigación en la forma que tomaron las celebraciones del centenario en 1916, para leer lo que revelan las iniciativas, los protagonismos, algunas ausencias y las formas.

Bibliotecas que comparten una historia común y, a veces, un origen, tienen itinerarios paralelos y enfrentan disyuntivas similares. Las jóvenes bibliotecas rioplatenses, fundadas por Artigas y por Moreno, se forjaron en el espíritu de la Ilustración y el sueño de la independencia, y no es raro que hayamos compartido problemas y protagonistas. De hecho compartimos a nuestro fundador: Larrañaga trabajó un par de años como subdirector en la Biblioteca Pública de Buenos Aires y regresó ya con la idea de fundar una en Montevideo. Si alguna vez disputamos acervos, también replicamos discusiones: ejemplarmente, la polémica acerca de los fines que debe tener una biblioteca nacional, principalmente el dilema entre la conservación del patrimonio o la democratización del saber. Decidir entre privilegiar la mejora y preservación del acervo y restringir el acceso a investigadores y especialistas o preferir la democratización del conocimiento y la educación de pueblo. Los porteños han sido más discutidores; desde el enfrentamiento de Sarmiento y Quesada⁸ en el XIX al de Horacio Tarcus y Horacio González, en 2006, a inicios del XXI⁹, y la polémica supo ser ríspida y terca ya que demostró tener un alcance de larga duración. En el siglo XIX, Quesada pensaba en el “uso venidero” de los libros y la importancia del “guardar”, Sarmiento defendía la creación de bibliotecas pequeñas que acompañaran la expansión de escuelas y privilegiaba la democratización. Se oponía a la idea de una “Biblioteca para sabios que no existen” según argumentó con su proverbial malhumor.¹⁰

7. Alfredo Alzugarat: *La biblioteca china en Uruguay*, Montevideo, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 2014.

8. Vicente de Quesada, intelectual y bibliófilo fue director de la Biblioteca de Buenos Aires entre 1870 y 1877. Tuvo una biblioteca personal inusual para su época. El destino final de esa biblioteca hace eco a las discusiones sobre patrimonio en las que se interesó en vida. Acrecentada por su hijo, rondaba en los 70 mil volúmenes, iba a ser donada a la Universidad, pero la demora del trámite hizo que un descendiente la canjeara por una pensión vitalicia del estado prusiano. Los libros de Quesada fueron con el tiempo la base para la Biblioteca del Instituto Iberoamericano de Berlín, la colección europea más completa en el campo hispanoamericano.

9. Sobre la polémica Tarcus-González hay registro disponible en Internet, así como de otras polémicas posteriores en torno a la Biblioteca argentina. El episodio también está referido en mi artículo “La biblioteca del vecino”, *Brecha*, Montevideo, N.º 1588, 28.IV.2016.

10. Pablo Buchbinder rescata la polémica de la prensa en: “La Biblioteca pública de Buenos Aires y la construcción de un espacio para la práctica de los letrados”, trabajo presentado en

En el Uruguay los disensos han sido más discretos –o secretos– y la historia de la Biblioteca Nacional guarda episodios emergentes de contiendas acalladas que esperan ser reveladas. Un ejemplo, la intervención de la Biblioteca Nacional en 1900 con participación de Rodó, cuando el director era Pedro Mascaró y Sosa, un bibliotecario profesional, de personalidad famosamente difícil y un modernizador pionero cuya gestión ha sido reivindicada en forma póstuma.¹¹ María Inés de Torres estudia la Biblioteca desde el análisis de las políticas llevadas por los sucesivos gobiernos en el área cultural y su cristalización en la inversión y el presupuesto. A través del seguimiento del precario itinerario locativo y edilicio que padeció la institución por mucho tiempo hasta la inauguración de su sede actual, descubre una recurrente competencia entre la educación y el patrimonio, que de algún modo reedita las viejas polémicas sarmientinas. En nuestro país, la Biblioteca tradicionalmente perdió contra la educación.

La lucha por la libertad de los libros

Existe una zona oscura en la historia de las bibliotecas tan dañina como la luz cegadora de una biblioteca que arde. Chartier advierte que las bibliotecas no siempre fueron construidas para difundir el conocimiento sino para ocultarlo y controlarlo. La biblioteca de Alejandría se fundó con el fin de prolongar la magnificencia de la dinastía Ptolemaica y se entiende que fue antes que biblioteca un lugar dedicado a las musas, un museo, reservado a unos pocos. Ese era también el propósito de las bibliotecas en el Imperio chino donde los libros eran encerrados con llave en lugares amurallados. En otros estadios de la historia se impusieron barreras invisibles para prevenir el acceso de los menos privilegiados al patrimonio cultural. Puede bastar una atmósfera de intimidación para reservar el acceso a una élite que tiene la “distinción” de la que hablaba Bourdieu. Es por eso quizás que el adjetivo “pública” que hoy nos resulta anacrónico fue durante largo tiempo un argumento fuertemente reivindicativo, una bandera de los ideales republicanos. La demanda de libros para el pueblo tiene una larga tradición. Libros libres puede apelar a una falsa etimología pero se justifica en el reconocimiento y el deseo de su aleación, como nos enseña Lisa Block en su ensayo. La resistencia a la censura, las tretas para sortearla o combatirla tienen una historia tan larga como las prohibiciones y la lucha por poner los libros al alcance de todos ha sido aliada históricamente a



el coloquio *Bibliotecas de las Américas: Poder, capital cultural y circulación de conocimientos 1800-2000* que se realizó en la Universidad Torcuato Di Tella, Buenos Aires, 19 y 20 de agosto de 2014. Agradezco a Alfredo Alzugarat el acceso a este texto.

11. Ver en esta revista: “Apuntes para una Historia de la Biblioteca Nacional de Montevideo por su actual Director Don Pedro Mascaró y Sosa” (Rescate).

los movimientos de liberación en sus distintas vertientes de nación, clase, género o etnia.

La utopía de una biblioteca sin fronteras se ha creído realizable por las posibilidades tecnológicas que trajo la revolución digital. Una suerte de revolución de las pantallas haría realidad el sueño de una biblioteca sin muros, ubicua y abierta, una biblioteca total y potencialmente universal. Ese ideal puso en marcha, desde hace ya algunas décadas, proyectos altruistas sostenidos por voluntarios, por universidades o bibliotecas nacionales. Se llamaron Project Gutenberg, Gallica, Biblioteca Cervantes, Trapalanda. La historia de esas aventuras corrió acelerada y, en algunos episodios fue adecuadamente onírica: la hoy olvidada Geocities, fue eliminada de la red, pero guardada –respaldada antes– por quienes estaban a cargo de su supresión; hoy se habla de ese sitio como de una Pompeya digital, intacta pero inactiva, una leyenda en la arqueología de la red y también un mito ya que, como la bella del cuento, podría despertar de su sueño un día. También la ambición declarada de Google Books de escanear “todos los libros del planeta Tierra”, tiene resonancias de ciencia ficción, aunque sus consecuencias fueron, al final, más prosaicas. Cuando la idea de una biblioteca digital universal de acceso libre mutó en el negocio de una librería digital universal que cobraría por los libros, se hizo evidente que también en la era informática habría una pelea por la libertad de los libros. “Nunca confíes a una corporación la tarea de crear una biblioteca” fue el ingenioso título que un activista dio a un artículo que historia y denuncia el cambio en la política de la empresa.¹² La batalla se dio en la prensa, pero sobre todo en los tribunales.

Cuando Robert Darnton escribía su libro sobre la censura,¹³ un exfuncionario de la Stasi le dijo que también en su país había censura aunque podía prescindir de censores porque estaba a cargo del mercado. El historiador recupera la anécdota para enunciar que hoy el enemigo del libre acceso al conocimiento está en el lucro. La guerra puede no tener fin, pero pareciera que la batalla por las bibliotecas digitales va ganando, favorecida indirectamente por el desgaste que ha producido la larga contienda legal en la corporación Google y por iniciativas como la Biblioteca Digital Pública de América (DPLA según sus siglas en inglés) en Estados Unidos y Europea en la Unión Europea, dos maravillosas megabibliotecas digitales que se han realizado con ambición grande y grandes inversiones.¹⁴

12. Andy Baio: “Never trust a corporation to do a library job”, *The message*, January 28th, 2015. <https://medium.com/message/never-trust-a-corporation-to-do-a-librarys-job-f58db4673351#.rqhbi5pil> (19.IX.2016).

13. *Censors at Work: How States Shaped Literature*, New York, Norton, 2014.

14. Estas bibliotecas reúnen en sus fondos millones de libros, manuscritos, películas, pinturas, periódicos, archivos sonoros, mapas, grabaciones de programas de tvé y otros

Sin embargo, han surgido otras áreas de confrontación con corporaciones que actúan dentro del ámbito académico, específicamente con las grandes editoriales de revistas científicas que concentran el tráfico de artículos y cuyos beneficios han aumentado de modo exponencial en áreas especializadas del conocimiento como la medicina.¹⁵ Es mucho lo que hay en juego —mucho dinero y mucho futuro— y la confrontación ha tomado la escena en los centros hegemónicos en una disputa legislativa rodeada de presiones lobistas y de un fuerte activismo.¹⁶ Estos acontecimientos han logrado algunas transformaciones colaterales, como la de convertir a un especialista en cultura francesa del siglo XVIII y director de la Biblioteca de Harvard en un activista. Ha sido en esa función que Robert Darnton publicó un artículo en *The New York Review of Books*, que, so pretexto de cumplir con una reseña, batallaba, en plena campaña electoral en Estados Unidos, por políticas de estado que asegurasen el acceso universal al conocimiento y a los libros: “es tiempo de pensar en grande y ver cómo diseñar el futuro digital —escribió— para poner los modelos de comunicación al servicio del interés general”.¹⁷

Esos escenarios y esas disputas parecen a veces lejanos y ajenas, pero no lo son. Aunque con retardo respecto a los centros hegemónicos, también en la periferia se han realizado proyectos altruistas y esforzados como los



objetos digitales provenientes de las bibliotecas, museos y archivos de sus respectivas áreas y los disponen atractivamente como colecciones temáticas y formas curatoriales. DPLA: <https://dp.la/> y Europeana en español: <http://www.europeana.eu/portal/es>

15. La suscripción anual a un Journal de Química que en 1970 era de 33 dólares pasó a costar 4.044 dólares en 2015 y la de la revista *Comparative neurology*, es actualmente de 29.113 dólares. Tres grandes editoriales controlan el 42 por ciento de la comercialización de todos los artículos científicos. La londinense Elsevier tiene un margen de ganancia de 35 por ciento sobre ingresos que suman 2 mil millones de libras esterlinas en un año (En “Bibliotecas, libros y el futuro digital”, Conferencia de Darnton en Chile. Online. <https://www.youtube.com/watch?v=IQQyj932iOk>) (Visto el 3. IX. 2016).

16. En 2008, en Estados Unidos, una ley dispuso que todas las investigaciones que hubiesen tenido financiamiento del Instituto Nacional de Salud (NIH) debían publicarse en un repertorio de libre acceso, el PubMedcentral, eso accionó al *lobby* de las empresas editoriales que lograron anular la ley, pero un clamor de indignación logró restituirla en 2013. Nuevas presiones de grandes compañías editoras consiguieron que el NIH aceptase un ‘embargo’ de un año antes de ponerlos en acceso público. Hay movimientos en la academia que promueven formas de resistencia como la abstención. Y ha habido episodios más radicales, como el robo de 5 millones de *papers* científicos sustraídos de las computadoras del MIT por activistas del movimiento Open Access que reivindicaron la autoría de ese ‘delito ético’. En “Steal This Research Paper! (You Already Paid for It)”. <http://www.motherjones.com/media/2013/09/michael-eisen-plos-open-access-aaron-swartz> (19.X.2016).

17. “The New Hillary Library?” por Robert Darnton, *The New York Review of Books*, 27 de octubre de 2016.

sitios uruguayos Periódicas y Archivo de Prensa.¹⁸ Nuestra Biblioteca Nacional culmina las celebraciones de su 200 aniversario con la puesta en línea de dos proyectos: la plataforma *Delmira Agustini* que pone en formato digital originales manuscritos de la poeta, acompañados de la transcripción correspondiente y otra de *Colecciones digitales* que permite acceder a distintos documentos y piezas valiosas del acervo de la Biblioteca, además del catálogo de autores uruguayos para su consulta a distancia.

Y también en Uruguay se batalla, como antes y siempre, por la democratización del conocimiento. Entre nosotros y entre muchos nombres, Carlos Maggi, que esta revista descubre como un jovencísimo coordinador general de la Biblioteca Nacional del medio siglo,¹⁹ fue a su manera y ya en su vejez, un activista cultural que reclamaba en ese terreno acciones audaces a los dirigentes políticos y pretendía incidir, él como otros, desde sus artículos en la prensa sobre asuntos que, como la conexión digital del país, consideraba condiciones de soberanía y democracia. En una sociedad de la información en la que hace ya siglos que vivimos, como nos enseñan los historiadores de la cultura, la independencia de un estado y su soberanía se juegan por la defensa de políticas culturales independientes de las leyes del mercado y que prevengan el avance de los intereses del lucro sobre los del conocimiento. En leyes que aseguren la soberanía y velen porque los bienes culturales sean para todos, como hace más de cien años supo Rodó cuando implementó la exención de impuestos a los libros, hasta hoy conocida como ley Rodó, tan decisiva como fueron la ley de divorcio o la jornada de ocho horas, en el diseño de aquel Uruguay que se soñó ilustrado y en el que aspiramos a reconocernos. La defensa de un acceso democrático al conocimiento fue y sigue siendo garantía de ciudadanía, soberanía, equidad y libertad, palabras grandes que se pronunciaron también cuando se fundó la Biblioteca Nacional hace doscientos años.



18. El sitio se ha diversificado y actualmente incluye: Biblioteca digital de autores uruguayos, Publicaciones periódicas del Uruguay, Figuras y Sobre la prensa. <http://anaforas.fc.edu.uy/jspui/> (24.20.2016).

19. Alzugarat, Alfredo: “Dionisio Trillo Pays y la reformulación programática de la Biblioteca Nacional. Años iniciales 1947-1951”, en esta revista.

